



UNA BIOGRAFÍA DE LA FE APOSTÓLICA

TEMA 5:

LOS APÓSTOLES ANTE EL RESUCITADO QUE LLEVA LAS MARCAS DE LA CRUZ

I. EL PUNTO DE PARTIDA DE LA FE DE LOS APÓSTOLES TRAS LA MUERTE DE CRISTO

Llegamos a un punto fundamental en el desarrollo de la fe apostólica. La fe que alcanzan los Apóstoles en la contemplación del Crucificado (una contemplación mediada, al menos en parte, por el testimonio de Juan) es una fe a la que se llega tras la experiencia y la certeza de la resurrección.

Es decir, la cruz fue eficaz para el progreso de la fe apostólica solo a partir de la resurrección de Cristo, solo después de que Cristo resucitase y solo después de que los Apóstoles alcanzaran la certeza y la comprensión, en lo que es posible, de la resurrección de Cristo.

En el tema anterior hablamos de la ruptura que la muerte de Cristo supuso para la fe de los Apóstoles, pero también cómo esa ruptura no fue absoluta. Uno de los datos que aportábamos para fundamentar esta afirmación es el hecho de que los Apóstoles se mantienen juntos.

Eso es lo que podemos suponer a partir de los diversos detalles que nos dan los diversos evangelistas. También el de Juan, cuando dice que María Magdalena al ver la piedra del sepulcro quitada, echó a correr donde Simón Pedro y Juan.

En este momento de la *biografía de la fe apostólica* tenemos como punto de partida el estado anímico y espiritual que han dejado en los Apóstoles los acontecimientos de la pasión, la crucifixión y la muerte de Jesús.

Los Doce fueron testigos de los prolegómenos y de los primeros momentos de la Pasión. De los momentos centrales de la crucifixión y muerte, podemos suponer que tenían el testimonio cercano el mismo Juan. Contaban también con otros testimonios de primera mano: los de María, la madre de Jesús, y de las otras mujeres. Ellos mismos, y otros discípulos —como José de Arimatea o Nicodemo, de los que habla Juan, o los dos de Emaús, de los que habla Lucas—, verían los diversos detalles mezclados entre la gente, aunque fuese de lejos, tal como nos hace pensar el relato de san Lucas. De una forma o de otra, ellos mismos vieron lo que ocurría. Así lo afirma después Pedro, cuando se refiere a sí mismo como **«testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse»** (1 Pe 5,1). Aunque para conocer los datos fundamentales de lo ocurrido, bastaba estar en Jerusalén. Los hechos habían sido públicos y eran conocidos por todos. No hay más que recordar las palabras de los dos de Emaús: **«¿Acaso eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?»** (Lc 24,18).

Lo importante es que los hechos referidos pesarían sobre los Once de esa forma en que pesan los acontecimientos trágicos de la muerte sobre aquellos que sufren la pérdida de aquel a quien se quiere. Cualquiera que haya perdido en circunstancias trágicas a alguien querido, entenderá lo que significa decir que los hechos concretos de la pasión y muerte de Jesús pesarían sobre ellos profundamente.

Justamente por este peso de los hechos acaecidos, tenemos su fe golpeada y oscurecida.

Es a partir de esta situación como debemos ahora entender lo que van a significar los hechos siguientes, que se pueden esquematizar fundamentalmente en dos: primero, la tumba vacía al alborar el primer día de la semana; segundo, las apariciones del resucitado.

Pero antes de abordar los hechos de la tumba vacía y de las apariciones del Resucitado quiero hacer notar que en ellos los Apóstoles vieron, tocaron... se toparon, con algo que realmente no esperaban. Y este es justamente uno de los motivos de credibilidad de su testimonio: lo que ellos testimonian es tan diverso de lo que cualquier «judío» o «griego» de aquel tiempo hubiese podido pensar o imaginar sobre la suerte de un muerto; y es tan diverso de lo que esperaban, por su situación anímica, que solo el hecho de que se «topasen» inopinadamente con una realidad como aquella de la que dan testimonio, puede justificar el relato de los evangelios.

Para los discípulos, la resurrección llegó a ser tan real como la cruz. Presupone que se rindieron simplemente ante la realidad; que, después de tanto titubeo y asombro inicial, ya no podían oponerse a la realidad: es realmente Él; vive y nos ha

hablado, ha permitido que lo toquemos, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo que normalmente es tangible.

La paradoja era indescriptible: por un lado, Él era completamente diferente, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, al mismo tiempo, precisamente Él, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, estaba presente de manera real, en su plena identidad. Se trataba de algo absolutamente sin igual, único, que iba más allá de los horizontes usuales de la experiencia y que, sin embargo, seguía siendo del todo incontestable para los discípulos. Así se explica la peculiaridad de los testimonios de la resurrección: hablan de algo paradójico, algo que supera toda experiencia y que, sin embargo, está presente de manera absolutamente real¹.

Ahora vayamos a lo que san Juan nos cuenta de aquellos hechos: primero, del sepulcro vacío; luego, de las apariciones del resucitado.

II. EL SEPULCRO VACÍO

Juan da un doble testimonio del hecho del sepulcro vacío. El de María Magdalena por un lado y el de Pedro y el suyo propio por otro. Leamos el relato:

El día siguiente al sábado, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio quitada la piedra del sepulcro.

Entonces echó a correr, llegó hasta donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el que Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto».

Salió Pedro con el otro discípulo y fueron al sepulcro.

Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó antes al sepulcro. Se inclinó y vio allí los lienzos plegados, pero no entró. Llegó tras él Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos plegados, y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no plegado junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó. Hasta entonces no habían entendido la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos. Y los discípulos se marcharon de nuevo a casa (Jn 20,1-10).

Empecemos subrayando la penúltima afirmación del Apóstol: «**Aún** [o «hasta entonces»] **no habían entendido la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos**». Tal como hemos visto en el recorrido hecho por el cuarto evangelio, para Juan es fundamental la relación entre la vida de Jesús y la Escritura. Lo será para los Apóstoles en general, que no podrán entender los hechos de los que han sido testigos sin ponerlos en relación con la Escritura. Pero aquí lo que deseo subrayar es la negativa comprensión que Juan confiesa que

¹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II* (Encuentro, Madrid 2011) 286-287

tenían sobre los acontecimientos que estaban viviendo. Aún no entendían que Jesús debía resucitar de entre los muertos. Por tanto, no esperaban la resurrección.

Sin embargo, al menos para Juan, el primer hecho que le levanta de la postración es el dato que acaban de verificar sus ojos: la sepultura está vacía.

Por un lado, es claro que el hecho mismo de que la sepultura esté vacía no significa que Jesús haya resucitado. De hecho, María Magdalena, cuando ve que el sepulcro está vacío, corre donde los Apóstoles y les dice: «**Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto**». No piensa en la resurrección. Por otro lado, nada habría podido cambiar en la mente de los Apóstoles, si al llegar allí hubiesen visto el cuerpo muerto de su maestro. Dicho de otra forma: el sepulcro vacío por sí solo no probaba la resurrección. Pero, si el sepulcro no hubiera estado vacío, si hubieran encontrado el cuerpo sin vida de Jesús, los Apóstoles no habrían podido pensar ni hablar de la resurrección.

Sin embargo, el evangelista dice que cuando vio el sepulcro vacío «creyó». Esto nos abre muchas preguntas. Por un lado: ¿Qué significa aquí el acto de creer?, y ¿cuál es el contenido de ese acto de fe? Y por otro lado: ¿Por qué cree Juan, si el sepulcro vacío por sí solo no es una prueba? ¿Cree solo él o también Pedro? ¿Por qué cree Juan y no la Magdalena si ambos tienen delante lo mismo?

A) ¿Qué significa aquí el acto de creer? Y ¿cuál es el contenido de ese acto de fe?

La expresión «vio y creyó» es la afirmación solemne de un verdadero acto de fe en la persona de Jesús, a quien claramente va dirigida este «creyó».

¿Qué podía creer sobre él? Es mejor no aventurarnos demasiado lejos, imaginando lo que el texto no dice. No sirve de nada hacer un ejercicio de aventura psicológica para afirmar los contornos precisos del contenido de la fe de Juan en este instante concreto. Seguramente su acto de fe no tenía unos contenidos desarrollados de forma muy explícita, pero ciertamente tenía como núcleo una certeza sobre la persona de Jesús que luego iría desplegándose. Lo que me parece más evidente es que el primer contenido, la primera certeza, de su acto de fe fuese: Jesús está vivo. Eso no implica que supiese la forma concreta en la que ahora Jesús vivía. Y entonces, junto a esa primera certeza, entiende que Jesús no era ni un loco ni un blasfemo, que la pretensión que había mostrado durante su vida, que la muerte en cruz parecía desmentir, era verdadera. Que Jesús no les había engañado y que tampoco ellos se habían engañado al seguirlo. ¿Podríamos precisar algún contenido más? Sí, creo que sí. Pero para dar este paso debemos descubrir el uso del verbo «creer» en san Juan.

El uso habitual del verbo «creer» en Juan (*πιστεύω εἰς, pisteuo eis*), «creer en», hace referencia a un acto que va más allá de «creer algo» (tener por cierto que una cosa es verdadera), y más allá de «creer a alguien» (creer que lo que nos dice alguien es verdadero). «Creer en» implica algo más: implica un acto de confianza y de reciprocidad, un acto que alcanza no una verdad externa a aquel a quien se dirige el acto de creer, sino a la persona misma. *Creer en* significa algo más que creer que tal cosa sea verdadera; algo más que creer que lo que me ha dicho tal persona sea verdad; algo más que creer que tal persona sea veraz y digna de

crédito. *Creer en* significa aceptar el testimonio que una persona ofrece de sí mismo. Acoger el testimonio que una persona da de sí mismo significa acoger a esa persona en el propio corazón. Por eso la fe tiene como uno de sus frutos, la comunión, la unión de aquel que se ofrece y de aquel que da fe.

Así pues, me parece que podemos afirmar que el «vio y creyó» indica algo más que la certeza: «vive», «no nos engañó», «no me engañé al seguirlo». Implica también la percepción de que la historia del seguimiento, de la compañía y de la amistad con Cristo no ha concluido; es decir, la restauración del vínculo cordial y espiritual entre el discípulo amado y Jesús, que ahora entiende que está vivo.

Y algo más. Si Jesús vivía, si no era un loco o un blasfemo, si no les había engañado, si su pretensión se correspondía con la verdad, ¿qué se sigue de ello? Preguntémosnos cuál era el núcleo de su pretensión: Que él era el Mesías y el Hijo de Dios. Así pues, me parece que de una forma más o menos explícita, el acto de fe de Juan en este momento implica estos dos contenidos fundamentales sobre la persona de Jesús.

Que Jesús sea el Cristo hace referencia a que Jesús es el cumplimiento de la Escritura. Que sea el Hijo de Dios expresa la novedad con la que Jesús cumple las Escrituras.

Además, Juan cerrará la narración de los acontecimientos de ese primer día de la semana con esta afirmación: «**Muchos otros signos hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos en este libro. Sin embargo, éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre**» (Jn 20,30-31). Hay que hacer notar que son los dos contenidos fundamentales que aparecen también en la confesión de fe de Pedro en Cesarea según los sinópticos (Cf. Mt 16,16; Mc 8,29; Lc 9,20).

En el último versículo citado del cuarto evangelio se expresa la realidad de la fe como «creer en» que comentábamos y que decíamos «implica un acto de confianza y de reciprocidad, un acto que alcanza no una verdad externa a aquel a quien se dirige el acto de creer, sino a la persona misma. Por eso, la fe tiene como uno de sus frutos la comunión, la unión de aquel que se ofrece y de aquel que da fe». Dice san Juan: «para que tengáis vida en su nombre», esto es, «para que viváis en él», para que viváis unidos a él.

B) Intentemos responder ahora al segundo grupo de preguntas que nos hacíamos: ¿Por qué cree Juan, si el sepulcro vacío por sí solo no es una prueba? ¿Cree solo él o también Pedro? ¿Por qué cree Juan y no la Magdalena si ambos tienen delante lo mismo?

Es claro que María Magdalena en un primer momento no infirió al ver la tumba vacía que Jesús estaba vivo. Y parece que luego tampoco, por lo que se desprende del diálogo que mantiene con «el hortelano». Esto no es sino la afirmación de lo que ya hemos dicho: que el sepulcro vacío por sí solo no era prueba de la resurrección de Cristo.

Respecto a Pedro. El evangelista no nos dice si su acto de fe era solo de él o también de Pedro. Es muy posible que si Pedro no dio fe espontáneamente al ver el

sepulcro vacío, la diese compartiendo la fe de Juan, con quien había corrido al sepulcro. Eso no me parecería nada extraño. Es propio de la amistad —y sin duda entre ellos la había— el compartir no solo los bienes temporales, sino los estados de ánimo, los sentimientos y los bienes espirituales, la vida misma.

Pero ahora viene la pregunta fundamental: ¿Por qué Juan «vio y creyó», siendo así que lo que vio no era prueba de nada? La respuesta más socorrida es decir que la fe es un don de Dios y que Juan recibió en este momento este don de la fe. Esto es cierto, pero no basta, porque el don de Dios no excluye, sino que exige el acto verdaderamente humano que es también la fe; es decir, el acto libre de su inteligencia y de su voluntad. Con lo cual tenemos la pregunta prácticamente intacta. Explicarlo nos llevaría a proponer toda una teoría sobre la naturaleza y el desarrollo de la fe y eso no nos es posible. Nos basta aquí darnos cuenta de que la fe, como respuesta humana, no es mera respuesta «automática» a la revelación de Dios, lo cual, en el fondo anularía la libertad y el mérito de la fe. Sino que, con palabras de Newman, la fe es también un «movimiento extensivo del espíritu humano», un movimiento del espíritu humano que va más allá de lo que se muestra a los ojos, más allá de lo que sus manos pueden tocar.

Juan, desde el primer encuentro con Jesús, ha visto y oído una variedad grande de elementos de distinto tipo, palabras, gestos, milagros... lo último, la tumba vacía. Con todo lo que ha visto y ha oído durante esos años acumula una multitud de pequeños o grandes indicios² que se ofrecen no solo a su inteligencia, sino también a su voluntad, como una especie de provocación a su confianza en la palabra de Cristo —que les había anunciado la resurrección junto con la cruz—. Y él voluntariamente da fe. Este acto de su voluntad va más allá de las pruebas, más allá de lo que le permitiría un uso escrito de las leyes de la inferencia formal. Él decide ir más allá, y da fe. La fe se muestra así como «un movimiento extensivo del espíritu humano».

También hay que volver a subrayar un dato: que Juan había educado su razón y su voluntad en el ejercicio progresivo de la fe en Jesús, desde su primer encuentro con Jesús, tal como hemos querido mostrar hasta aquí.

Como veremos más adelante, lo mismo ocurrirá con los demás apóstoles, con Tomás por ejemplo, cuando dé fe después de tocar las llagas de Cristo. A pesar de todo, la fe de Tomás, sigue siendo fe, es decir, la sustancia de algo que no se ve ni se toca.

Esto no es contrario a la forma de conocer que los hombres tenemos en el ámbito práctico y cotidiano. Pongo un ejemplo: uno va a comprar un coche, lo cual para muchos es algo importante porque hacemos con ello una inversión que nos es gravosa. Bien, cuando uno se decide por un modelo determinado es porque ha valorado que ese es el modelo que se adapta mejor a mi situación y necesidades. Es decir, para decidirse uno ha tenido que hacer una valoración de los diversos modelos posibles y ha dictaminado: «Este es el mejor para mí ahora». Pero después

² Con todos esos datos, no podría hacer lo que solemos llamar una inferencia clásica, inferir que Jesús es el Hijo de Dios. Entre otras cosas porque la filiación divina es una realidad que nada tiene que ver con lo que se ve o se toca, con lo que se puede medir o pesar. No se puede inferir de datos sensibles, por muchos que estos fuesen, la realidad de la esencia divina, de la filiación divina. Los datos que tienen no le permitirían, aunque lo intentase, una inferencia válida, según los parámetros de la ciencia experimental.

de hacer este juicio y comprar el coche concreto, el 90% de los compradores no podría exponer con verdadera lógica los razonamientos por los que ha concluido que ese es el mejor coche para él. Mil factores influirán en su decisión final, que no serán irracionales, pero sí se escaparán a lo que la ciencia tendría por una inferencia válida.

Lo que quiero dejar claro aquí es el hecho de que el Apóstol Juan —como todos los fieles— da fe porque con su espíritu va más allá de los indicios que tiene delante. La voluntad alarga la mirada de la razón más allá de los meros datos que le llegan del exterior. Y así la razón hace un juicio —aquí podría ser: «Jesús está vivo»— que se forma, no tanto por la mera información que los datos dan, o al menos no solamente por ellos, cuanto por el movimiento extensivo del propio espíritu. Y este ir más lejos tiene mucho que ver con lo que podríamos llamar «el estado del corazón», es decir, el estado moral del hombre, con su afecto, con su memoria y toda su historia precedente, con su voluntad y con su inteligencia. Este «estado del corazón», esta posición moral previa, será determinante para dar o no dar fe al encontrarse con los datos que se le ofrecen, en este caso con la tumba vacía.

Este es un aspecto del acto de fe que se nos presenta un tanto misterioso, pero se ajusta a lo que la fe es de hecho, conforme la observamos en los evangelios. Y además, este ámbito de misterio de la fe que no sea una mera conclusión a partir de los datos que tiene delante, es la forma de preservar la libertad de Dios y del hombre en el acto de fe.

¿Qué elementos ve Juan que no vea María Magdalena ante la tumba vacía?: Ninguno ¿Por qué la Magdalena piensa que alguien se ha llevado el cuerpo y Juan piensa: «Está vivo»? Porque Juan ve más de lo que ven sus ojos y lo hace por una multitud de presupuestos que lleva ya en su corazón (en su memoria, en su afecto, en su inteligencia, en su voluntad...)³, respondiendo así con un acto de su voluntad a una invitación divina.

Demos un paso más, que va a ser muy importante para la «biografía de la fe apostólica».

³ No podemos detenernos más para dar una explicación de por qué la razón del hombre actúa así para dar fe. Os remito a un texto de Newman donde desarrolla, aunque no agota este asunto: J. H. NEWMAN, *La fe y la razón. Sermones Universitarios* (Encuentro, Madrid 1993) 273-283. Al final de estas páginas leemos: «La fe es [...] un ejercicio de la razón que procede a base de fundamentos antecedentes. Ésta parece ser la realidad, sean cuales fueren las consecuencias de la misma. Tomemos las cosas tal como las hallamos; no intentemos distorsionarlas para convertirlas en lo que no son [...] Si la revelación se ha ofrecido siempre a la humanidad de una manera determinada, es inútil decir que nos debiera haber llegado de otra. Si los niños, los pobres, los que están ocupados en sus trabajos, pueden tener auténtica fe, y sin embargo no pueden ponderar el valor de las pruebas, éstas no son el fundamento simple sobre el cual se asienta la fe [...] éste tiene que ser el orden con que Dios ha dispuesto las cosas. Esforcémonos por entenderlo. No lo disfracemos ni le demos explicaciones evasivas. Puede que ofrezca dificultades; en tal caso, reconozcámoslas. Afrontémoslas honradamente; y, si podemos, resolvámoslas». Hay que tener en cuenta que no está aquí la doctrina completa ni la más acabada de Newman sobre la fe.

III. LAS APARICIONES DEL RESUCITADO.

1. PRESUPUESTOS SOBRE LA RESURRECCIÓN

Antes de analizar las apariciones que nos narra san Juan digamos alguna cosa que nos ayude a valorarlas en su justa medida. Seguiremos para eso algunas anotaciones de Ratzinger.

Lo primero que quiero poner de manifiesto es lo que una mentalidad helena / pagana o lo que una mentalidad judía hubiese podido esperar. Ciertamente, al describir la biografía de la fe apostólica, nos interesa más adentrarnos en la mentalidad judía, pero tenemos que hacer alguna referencia también a la mentalidad helena-pagana, porque algunos exégetas dijeron en el siglo pasado que la fe en la resurrección tal como la Iglesia la entiende hoy a partir de los Evangelios no fue un paso dado por los apóstoles, sino por las comunidades cristianas posteriores —ya en el ámbito heleno— que mitificaron y divinizaron la figura de Jesús y, para eso, le «hicieron» resucitar.

Según eso, ¿qué podía esperar un hombre de mentalidad griega al oír hablar de resurrección? La respuesta es sencilla: nada, solo un desvarío, algo sin sentido. En los *Hechos de los Apóstoles* tenemos un ejemplo bien expresivo de lo que digo. Cuenta la primera predicación de Pablo en Atenas, dirigida a paganos helenos. Pablo hace un largo discurso misionero y va centrando su discurso para presentar la persona de Jesús, pero cuando menciona la resurrección de entre los muertos (Hch 17,31) dice san Lucas: **«Al oír lo de resurrección de los muertos, unos se echaron a reír y otros dijeron: “Te escucharemos sobre esto en otra ocasión”. Así que Pablo salió de en medio de ellos»** (Hch 17,32-33).

¿Por qué es incomprendible para los griegos? Porque, si ellos podían esperar y desear una forma de vida tras la muerte, era desde luego una vida del alma, sin referencia alguna al cuerpo. Para ellos plantear una nueva vida con cuerpo era como plantear una condena, porque esperaban que justamente con la muerte el alma se viese liberada de las miserias corporales, de la cárcel del cuerpo.

Vayamos a lo que podía esperar un judío. Para algunos judíos, como los saduceos, la vida tras la muerte, sencillamente no existía. Dios paga en esta vida al justo con una vida larga, con riqueza, con hijos, con el reconocimiento de su pueblo. De igual manera, Dios castiga al impío en esta vida con la enfermedad, con la esterilidad, con una vida corta... Esta vida es lo que Dios da, es el don de Dios y en ella también él muestra su justicia. Más allá no hay nada. El Antiguo Testamento está lleno de referencias a esta mentalidad.

Ahora, una parte importante del pueblo judío en tiempos de Jesús, encabezados por los fariseos, cree en la resurrección, en una resurrección que tendrá lugar al final de los tiempos, ligada a la llegada del Mesías definitivo (escatológico). Esta idea era la predominante en el pueblo judío en tiempos de Jesús. Pero aún pervivía la de los saduceos, la más primitiva.

Un ejemplo de cómo, en tiempos de Jesús, estaban divididos en el judaísmo respecto a la cuestión de la resurrección, aparece de nuevo en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*: Pablo ha sido detenido en el templo y quieren acabar con él. La guardia romana interviene y salva la vida de Pablo, pero quiere saber de qué le acusan, porque lo cierto es que se ha producido un agitación grande en Jerusalén. Primero intentan torturarlo para sacarle información, pero Pablo declara ser ciudadano romano. Entonces, el tribuno decide llevar a Pablo ante el Sanedrín. San Lucas nos cuenta cómo entonces, en medio de esta especie de careo:

Pablo, dándose cuenta de que una parte eran saduceos y otra fariseos, gritó en medio del Sanedrín: “Hermanos, yo soy fariseo, discípulo de fariseos; por la esperanza en la resurrección de los muertos me juzgan”. Al decir esto se produjo un enfrentamiento entre fariseos y saduceos y se dividió la asamblea. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángeles ni espíritus; los fariseos, en cambio, confiesan una y otra cosa. Se produjo un enorme griterío y puestos en pie algunos escribas del grupo de los fariseos gritaban: “No encontramos nada malo en este hombre. ¿Y si le ha hablado algún espíritu o algún ángel?” (Hch 23, 6-9).

Es solo un ejemplo de cómo en tiempos de Jesús los ánimos estaban divididos entre los propios judíos a propósito del tema de la resurrección.

En tiempos de Jesús, por tanto, una parte mayoritaria de los judíos sí creía en la resurrección, pero se trataba de la resurrección del fin de los tiempos y a una vida como esta. El diálogo de Marta con Jesús, antes de la resurrección de Lázaro, se entiende en este contexto de la creencia en la resurrección final, vinculada a los tiempos mesiánicos, a los tiempos escatológicos. Jesús le dice a Marta: «**Tu hermano resucitará**». **Y Marta contesta: «Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día»** (Cf. Jn 11,23-24). De hecho, la resurrección pública de Lázaro fue para muchos el signo de que Jesús era ese profeta. De ahí que la posterior entrada de Jesús en Jerusalén fuese vivida por muchos judíos como el reconocimiento de la llegada del Mesías prometido. Las ramas de palma y de olivo, que se cortaban para la fiesta de las chozas, es una expresión de este reconocimiento. En efecto, en dicha fiesta, los judíos cortaban ramas de estos árboles y de cítricos con los que hacían y adornaban «las chozas» o «tiendas», con las que mantenían la esperanza en un mesías definitivo, pero recordando al menos dos escenas de las Escrituras: la más cercana, las tiendas de Israel en el desierto, junto a la Tienda del Encuentro; la más lejana, la cercanía de Dios en el jardín del paraíso. El futuro mesías se esperaba como el que implantaría una cercanía entre Dios y su pueblo, como aquella del desierto, como aquella otra del paraíso. Esta cercanía nueva de Dios a su pueblo estaba acompañada de la resurrección de los cuerpos, pero una resurrección a un paraíso restaurado en esta tierra, donde el Mesías establecería un definitivo reinado de Dios.

Pero no había una imagen clara de cómo sería esa resurrección. Por ese motivo, cuando Jesús les dice a los Apóstoles, por ejemplo, en la escena de la trasfiguración, que él resucitará de entre los muertos, ellos realmente no entienden de qué les está hablando. Solo podrán entenderlo después, después de haber visto

con sus propios ojos de qué se trataba realmente. San Marcos lo refiere así: **«Mientras bajaban del monte les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Ellos retuvieron estas palabras, discutiendo entre sí qué era lo de resucitar de entre los muertos»** (Mc 9,9-10).

Así pues, cuando los judíos hablaban de la resurrección, ¿cómo la imaginaban? Primero, como el resultado de la llegada de los últimos tiempos, los tiempos finales. Segundo, como una vuelta al Paraíso, pero un paraíso en esta tierra, tal como imaginaban el Paraíso del libro del Génesis.

Sin embargo, los evangelios, al hablar de las apariciones de Cristo resucitado, hablan de algo verdaderamente diferente, que no cabía en las expectativas de un judío de aquella época. Ni de un judío ni de un griego.

¿Qué pasó allí [en las apariciones]? Para los testigos que habían encontrado al Resucitado esto no era ciertamente fácil de expresar. Se encontraron ante un fenómeno totalmente nuevo para ellos, pues superaba el horizonte de su propia experiencia. Por más que la realidad de lo acontecido se les presentara de manera tan abrumadora que los llevara a dar testimonio de ella, ésta seguía siendo del todo inusual [...] ¿En qué consiste esto [la resurrección]? Los discípulos no lo sabían y debían aprenderlo solo por el encuentro con la realidad⁴.

Los apóstoles se enfrentaron con un hecho desconocido e inesperado para ellos. La resurrección de Cristo no resultó ser como la resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín, o del hijo de Jairo.

Los testimonios del Nuevo Testamento no dejan duda alguna de que en la resurrección del Hijo del hombre ha ocurrido algo completamente diferente. La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión del ser hombre⁵.

[...]

Jesús no ha vuelto a una vida humana normal de este mundo, como Lázaro y los otros muertos que Jesús resucitó. Él ha entrado en una esfera distinta, nueva, en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a los suyos.

Esto era algo totalmente inesperado también para los discípulos, ante lo cual necesitaron un cierto tiempo para orientarse. Es cierto que la fe judía conocía la resurrección de los muertos al final de los tiempos. La vida nueva estaba unida al comienzo de un mundo nuevo y, en esta perspectiva, resultaba también comprensible: si hay un mundo nuevo, entonces existe en él un modo de vida nuevo. Pero la resurrección a una condición definitiva y diferente, en pleno mundo viejo, que todavía sigue existiendo, era algo no previsto y, por tanto, tampoco inteligible al inicio. Por eso la promesa de la resurrección resultaba incomprensible para los discípulos en un primer momento⁶.

⁴ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret* II, 283

⁵ *Ibid.*, 284

⁶ *Ibid.*, 286

2. LOS RELATOS Y UN PRIMER ANÁLISIS

Vayamos al relato de las tres primeras apariciones en san Juan: Jn 20, 11-17; 19-25; 26-29. ¿Qué se desprende de todo esto? Vuelvo con las palabras de Ratzinger que citábamos al principio:

Para los discípulos, la resurrección llegó a ser tan real como la cruz. Presupone que se rindieron simplemente ante la realidad; que, después de tanto titubeo y asombro inicial, ya no podían oponerse a la realidad: es realmente Él; vive y nos ha hablado, ha permitido que lo toquemos, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo que normalmente es tangible.

La paradoja era indescriptible: por un lado, Él era completamente diferente, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, al mismo tiempo, precisamente Él, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, estaba presente de manera real, en su plena identidad. Se trataba de algo absolutamente sin igual, único, que iba más allá de los horizontes usuales de la experiencia y que, sin embargo, seguía siendo del todo incontestable para los discípulos. Así se explica la peculiaridad de los testimonios de la resurrección: hablan de algo paradójico, algo que supera toda experiencia y que, sin embargo, está presente de manera absolutamente real⁷.

Aquí debemos hacer un inciso y preguntarnos si realmente esto puede ser así. Nosotros participamos de la fe apostólica y no ponemos esto en duda, pero lo han puesto en duda muchos hombres a partir del s. XIX. ¿Es compatible lo que nos dicen estos relatos sobre la resurrección de Jesús con la imagen del mundo que nos ofrece la ciencia?

Naturalmente no puede haber contradicción alguna con lo que constituye un claro dato científico. Ciertamente, en los testimonios sobre la resurrección se habla de algo que no figura en el mundo de nuestra experiencia. Se habla de algo nuevo, de algo único hasta ese momento; se habla de una dimensión nueva de la realidad que se manifiesta entonces [Yo diría también «de una dimensión nueva que es creada entonces»]. No se niega la realidad existente. Se nos dice más bien que hay otra dimensión más de las que conocemos hasta ahora. Esto, ¿está quizás en contraste con la ciencia? ¿Puede darse sólo aquello que siempre ha existido? ¿No puede darse algo inesperado, inimaginable, algo nuevo? Si Dios existe, ¿no puede acaso crear también una nueva dimensión de la realidad humana, de la realidad en general? La creación, en el fondo, ¿no está en espera de esta última y suprema “mutación”, de este salto cualitativo definitivo? ¿Acaso no espera la unificación de lo finito con lo infinito, la unificación entre el hombre y Dios, la superación de la muerte?⁸

La resurrección de Cristo, tal como se presenta en las apariciones del resucitado, según nos es relatada por Juan, también por los sinópticos...

⁷ *Ibid.*, 286-287

⁸ *Ibid.*, 287-288

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Fue el comienzo realmente nuevo; aquello que, en secreto, todo estaba esperando. Y para los pocos testigos —precisamente porque ellos mismos no lograban hacerse una idea— era un acontecimiento tan impresionante y real, y se manifestó con tanta fuerza ante ellos, que desvanecía cualquier duda, llevándolos al fin, con un valor absolutamente nuevo, a presentarse ante el mundo para dar testimonio: Cristo ha resucitado verdaderamente⁹.

En el próximo encuentro analizaremos algunos de los detalles de las apariciones del Resucitado y la importancia decisiva de esta experiencia en el desarrollo de la fe de los Apóstoles.

P. Enrique Santayana C.O.

⁹ *Ibid.*, 288-289